

## COMUNISMO E ISLAM

UNA personalidad se define como tal en la medida en que por determinados rasgos se diferencia del conjunto humano a que pertenece. Pero diferenciarse implica ser distinto de los demás, no estar totalmente acorde con ellos; luego estar disconforme en algo, es decir, opuesto. Por tanto, toda manifestación de auténtica personalidad acarrea oposición. No otra cosa sucede en el plano ideológico, cuando una idea se desprende de ese conjunto vago y confuso que constituye «la masa» del pensamiento para sistematizarse hasta convertirse en doctrina. Por ello resulta una perogrullada decir que el Islam es opuesto al comunismo. Si no hubiera oposición entre ambas concepciones, no habría diferencia entre ellas, o sea que no existiría ni una doctrina comunista ni una ética musulmana. Sin embargo, incluso teóricamente, la realidad no coincide exactamente en todos los aspectos con la sencilla afirmación de la oposición entre el Islam y el Comunismo, verdad de bulto, tranquilizadora y cómoda, especie de tópico que conviene curiosear de más cerca en horas en que la acuidad de las cuestiones se conjuga extrañamente con una notable superficialidad.

Para toda consideración del mundo islámico procede no perder de vista en ningún momento un hecho que condiciona el planteamiento del problema actual y ayuda a entrever las posibles derivaciones de futuro del mismo. Este es un hecho que, aunque histórico, no deja de influir activamente en la actualidad. Nos referimos a que el Islam resultaba casi totalmente cortado del Occidente cuando en éste se iniciaba un Renacimiento centrado en lo puramente cultural, pero del que había de surgir una Europa dinámica que a través de una evolución (cuyos principales hitos son la Reforma y la Revolución francesa), había de desembocar en el racionalismo, el culto del progreso, de la técnica y de la máquina, el capitalismo y

el ansia de poder. Cuando Europa empieza a convertirse en la fuerza emprendedora y de razonada actividad que había de conferirle en un momento dado la supremacía mundial, el Islam se repliega sobre sí mismo e inicia un sueño de siglos por muy complejas causas, ante las que no es del caso detenerse, limitándonos a señalar lo incuestionable de la postura.

En esta situación de casi total aislamiento, combinado con un anquilosamiento en lo medieval de las estructuras políticas, económicas y sociales, se produjo la revolución industrial de Europa, con sus consecuencias de todo orden, una de las cuales fué la expansión. Entonces, después de siglos de mutua ignorancia, una Europa centrada en la razón y el progreso, el capitalismo y su complemento político el liberalismo, se encuentra con un Islam donde casi no se ha producido otro cambio formal que el movimiento de la Nahda o Renacimiento, basado en preocupaciones culturales, intelectuales y lingüísticas. Entre los dos mundos puestos en contacto había un abismo de siglos que rápidamente Europa se consagró a colmar, de acuerdo con su ética notablemente informada por la preocupación del provecho material, lógica consecuencia de un concepto laico del progreso. Por tanto, no es sorprendente que se produjera en el mundo islámico una especie de confusión en la que han naufragado valores y principios a los que sólo la quietud prestaba apariencias de solidez y vida. «En estos países, sorprendidos por la invasión capitalista, volvimos a vivir con frecuencia nuestra historia europea de hace cien años. Reprodujimos ante nuestros ojos las fases y las devastaciones del precapitalismo de los primeros años del siglo XIX, pero al estado agudo, bajo forma de precipitado explosivo, porque el artesano, el ayudante de taller familiar, el campesino, se han visto de pronto engullidos, arrastrados y destrozados por la máquina supercapitalista, racionalizada, del siglo XX» (1). Es decir, Europa implantó en los países islámicos, considerados como colonias, las condiciones sociales y económicas que provocaron en el viejo Continente el nacimiento de un socialismo que se había presentado como «la defensa de los trabajadores que la desgracia de los tiempos había entregado, aislados y sin amparo, a unos amos inhumanos y a la codicia de una

---

(1) Semana Social de Marsella. Rv. Padre ARNOU: *Capitalismo y proletariado en los países coloniales*, pág. 353.

competencia desenfrenada» (2), y cuyos avances se acompañaron con la evolución económica, los desarrollos nuevos de la industria y el cambio sobrevenido en el régimen capitalista, en que la dictadura económica ha sucedido a la libre competencia.

Sin preparación, habiendo saltado todas las etapas de la evolución del mundo occidental, un mundo islámico casi medieval fué puesto en presencia de un propósito de organización económica y social importada, que en Europa había llevado y lleva grandes masas trabajadoras a desembocar en posiciones que no eran ya exclusivamente las del socialismo primitivo, que se había desgajado en otra rama del mismo tronco, el comunismo, violenta y áspera respuesta al ya señalado cambio sufrido por la economía capitalista. Así, bajo la presión exterior, las premisas para la incorporación al progreso industrial y a la técnica moderna de vastas áreas retrasadas con relación a Europa hizo «crecer también la inmensa multitud de proletarios indigentes cuya miseria clama al cielo» (3). Sin duda, no desde el exacto momento en que se inició el contacto entre Europa y el Islam se definieron los elementos básicos del problema con esta precisión. En realidad, el factor tiempo ha desempeñado un papel en la creación de una situación que por ser tratada en términos generales sólo puede ser esquematizada. También lo ha desempeñado en el importante hecho humano de que las minorías cultas y las masas ignorantes fueron tomando conciencia de dos circunstancias que actualmente nutren el evidente recelo del mundo islámico hacia Occidente: la hipoteca de la injerencia extranjera y sus exportaciones más o menos felices —que tiene por contrapartida un nacionalismo exasperado, como en el Irán y en Egipto— y un vehemente deseo de orden social justo, que busca una fórmula radical para desterrar un desequilibrio económico agudizado.

Frente a estos hechos evidentes se alza el no menos evidente hecho de la religiosidad musulmana y del arraigo del Islam. Una vez para todas, como ya hemos dicho, se ha decidido que el Islam es de modo definitivo suficiente para contrarrestar los efectos de un contagio comunista. Con ello se olvida el fenómeno de des cristianización de las masas europeas, cuya iniciación coincidió precisamen-

---

(2) Encíclica *Rerum Novarum*, León XIII.

(3) Encíclica *Quadragesimo Anno*, Pío XI, párrafo 66.

te con la revolución industrial y las consecuencias económicas y sociales que acarreó la primordial preocupación del provecho material. A este respecto es de observar que ese pavoroso volverse de espaldas a una tradición secular no se produjo exclusivamente partiendo de los estratos sociales inferiores. Fueron las minorías dirigentes, cultas, intelectuales, políticas, las que trazaron la senda por donde había de lanzarse un proletariado miserable. También en este aspecto algo de lo que ha sucedido en Europa está acaeciendo en el Islam, amenazado interiormente por un movimiento racionalista y un concepto laico de los problemas que suscita la vida, que aparece como una consecuencia inmediata de la cultura occidental y laica recibida por las minorías musulmanas, casi todas educadas fuera de sus países, atraídas por el brillo de Universidades de fama mundial, ciertamente, pero donde la enseñanza no acusa la preocupación de fortalecer la creencia en un poder transcendente en los cerebros ávidos de saber de la juventud. La transformación del panislamismo, difusa aspiración política de la Umna o Comunidad de los Creyentes, en un panarabismo concreto y en cierto modo arreligioso, cual la Liga Árabe, aparece como un síntoma de que «la firmeza de la fe en los ambientes intelectuales donde se adoptan las decisiones es mucho menos cierta de lo que parece. En muchos casos desempeña un papel de fachada que vela una acción islámica de sentido exclusivamente político», como señalara la especialista en cuestiones islámicas Mlle. A. M. Goichon. Por otra parte, si nos encaramos con el Islam, que no es exclusivamente un conjunto de dogmas destinados a definir la relación de Dios y el hombre, sino una ética, observaremos que el Islam no brinda frente a los embates ideológicos esa cohesión doctrinaria que hace la fuerza de esa otra ética que es el Catolicismo. En efecto, aparte de que el Islam carece de jerarquía religiosa, cuya misión es señalar un camino que en lo terrenal se modifica según la evolución histórica y en lo espiritual es susceptible de enriquecimientos, el Corán se presenta al creyente en una forma fragmentaria y de difícil síntesis doctrinaria, tan difícil que junto a un Islam ortodoxo o sunnita florece con vigor un Islam heterodoxo de muy diversas creencias, que también se reclama del Libro. Musulmanes prominentes no han dejado de percatarse de esta circunstancia interna del Islam, que se agudiza frente a los problemas concretos del vivir moderno y han buscado un medio práctico de defi-

nir la doctrina islámica tanto en el aspecto estrictamente religioso como en el que se relaciona con las cuestiones actuales. A este respecto citaremos en particular al Príncipe Alí Jan y al Doctor Zahí Alí, principales exponentes de la intelectualidad musulmana, que tan acertadas sugerencias hacían en su obra *Glimses of Islam* para la convocación de una Conferencia, Congreso o especie de Asamblea musulmana permanente. «El principal objeto de esta conferencia —decían— sería el de llegar a un acuerdo sobre la interpretación verdadera, a la luz de los conocimientos modernos, de la ley musulmana en sus diversos aspectos.» Todo descuido de esta tarea era considerado como teniendo graves consecuencias porque «la juventud musulmana podría desviarse en estos tiempos de civilización occidental materialista hacia doctrinas opuestas y de confusión espiritual y correría el riesgo de resultar agnóstica, escéptica, víctima de la literatura atea». Pero aparte de que el Congreso proyectado entonces debía buscar ante todo la renovación religiosa, se señalaba la necesidad de reforzar la fe y solidaridad musulmanas dentro «de una perspectiva social y económica absolutamente moderna». Cuanto antecede muestra que la fortaleza dentro de la ética islámica no responde a la realidad moderna, removida por corrientes de pensamientos extraños al Islam. Ya han hecho mella en los sectores evolucionados y amenazan con invadir las masas, socavando los cimientos de una creencia cuyo dinamismo inicial ha sido sustituido por manifestaciones externas, ataduras jurídicas y una teología rígida y estática. De ahí esa preocupación de volver a las fuentes que caracteriza los esfuerzos de renovación de las asociaciones islámicas que tratan de abrir nuevas perspectivas al Islam.

Sin embargo, es absolutamente cierto que tanto en el Islam ortodoxo como en las sectas del heterodoxo (chiismo, ismaelismo, etcétera), existe frente al comunismo una identidad de oposición al materialismo marxista. Lo cual no es obstáculo para que algunos de los aspectos del mismo Islam ortodoxo coincidan con algunos aspectos aparentemente más inocuos del marxismo. Así, el Islam es igualitario y antirracista, se opone a la utilización del capital en cuanto productor de intereses, pues condena el préstamo y la usura, rechaza el agio, la contribución indirecta y la deuda pública, puntos atacados en la economía capitalista por el marxismo, aun cuando el Islam defienda la autoridad familiar y la propiedad privada. Des-

graciadamente, las profundas modificaciones de las estructuras seculares, bajo la presión del progreso inevitable, socavan estos dos puntos de apoyo positivo del Islam en su oposición al comunismo. Es un hecho harto demostrado que los movimientos de población que provoca la industrialización destruyen la célula familiar de tipo patriarcal y específicamente islámico, desorganiza las comunidades y corporaciones que amparaban al individuo, lo alejan de su medio ambiente, cuya moral y religión le servían de marco espiritual, para convertirlo en un proletario urbano, entregado a duras condiciones de trabajo mal retribuido, en mero elemento de una masa que la miseria y el espectáculo de las injusticias sociales hace manejable y permeable a una propaganda hábilmente preparada para aquellos que de la familia sólo conocen la angustia que acarrea la inseguridad de la condición proletaria y para quienes la propiedad es una abstracción. A estos fenómenos que se dan en las capas inferiores de la sociedad, hay que añadir los derivados de la existencia de unas minorías insatisfechas, intelectual y técnicamente superiores al medio ambiente y con frecuencia procedentes de esferas humildes urbanas y campesinas, pero que sólo con dificultad logran encajar en una organización social vetusta, en que los puestos de responsabilidad y lucrativos son detentados por los viejos políticos y los sectores influyentes. De suerte que el bloque islámico no se presenta tan a salvo de toda posible grieta como sería de desear para hacer frente a un avance del comunismo en las amplias áreas que ocupa el Islam. Respecto a la simpatía más o menos larvada hacia Rusia ---por oposición al Occidente sojuzgador, presente en el territorio---, recordaremos que al iniciarse en Egipto la campaña en pro de la evacuación del Canal de Suez se produjeron manifestaciones en las diversas Universidades, en las que se pidió «el concierto con Rusia de un pacto de no agresión y un acuerdo comercial». Tales deseos, ciertamente, no implicaban la adhesión al credo comunista por parte de las juventudes, pero muestran una peligrosa tendencia a que un nacionalismo por definición antiimperialista buscara un punto de apoyo ---fuera el que fuera--- para luchar con éxito contra esa manifestación del Occidente que es Inglaterra en Egipto.

\* \* \*

Este nacionalismo, lugar geométrico de la más vehemente pre-ocupación de todos los países islámicos en la actualidad, es la base fundamental de una actividad comunista para la cual una doctrina no es más que un cuadro intelectual, susceptible de ser modificado, pero que sirve para ordenar hechos que se utilizarán con vistas a una meta definida. Trátase en este caso de hechos que se producen en el Islam, cuales su carencia de estructura doctrinal frente a los problemas sociales, políticos y económicos modernos, de la miseria de las masas obreras y campesinas, de las minorías evolucionadas y desorientadas, atraídas por fórmulas radicales y nuevas y, dominando esta situación, el menor vigor religioso observado unánimemente por doquier, pese al mantenimiento de las formas externas. Y así como, según los conceptos actuales de la medicina, es requerida una colaboración vegetativa de los tejidos individuales para que las causas patológicas provoquen la enfermedad, estas realidades sugieren la posibilidad de que ciertas influencias exteriores hallen en un momento dado condiciones favorables para su desarrollo.

Superfluo es mencionar que estas condiciones son hartamente conocidas del comunismo, que no peca de torpe, para percatarse de las ventajas implicadas en una situación, ni tampoco de inactivo. Ambas características se ponen de manifiesto en los métodos de acción aplicados en los países islámicos. Haciendo abstracción de la tendencia a rodear las actividades comunistas de un halo de tenebrosa conspiración con derivaciones hacia la fantasía policíaca, cual si el tema no exigiera la máxima seriedad, mencionaremos como alocucionador respecto a las mismas el Congreso de los comunistas de Oriente, celebrado en 1950 en Batum. Las sesiones de ese Congreso tuvieron lugar públicamente y a puertas cerradas. En él estuvieron representados los partidos comunistas del Irán, Iraq, Siria, Azerbayán del Sur, Turquía, Armenia, Kurdistán, Líbano, Sudán, Egipto, Norte de Africa, terroristas de Israel y, al parecer, representantes de los Hermanos Musulmanes de Egipto, cuya postura frente al comunismo no deja, por cierto, de plantear una interrogante. En su tiempo, la «Oficina de Información Árabe», la Prensa y, en particular, los diarios «Al-Ahram», egipcio, y «Ettelaat», iraní, revelaron que, aparte de cuestiones relativas a la acción comunista en sus

territorios o fronteras respectivas, habían sido discutidos en el Congreso de Batum los temas siguientes:

- a) El fomento de los conflictos entre el mundo islámico y Occidente;
- b) La excitación del odio de los musulmanes contra el Occidente, simulando un fortalecimiento del Estado de Israel debido a su apoyo.

Los conflictos entre el mundo islámico y el Occidente, nacidos de la presencia misma de las potencias occidentales y en particular de sus intereses en los países musulmanes, provocan lógicamente una reacción que, llámese xenofobia o nacionalismo, tiene por raíz el deseo de sentirse libre. Sentimiento tan natural y humano no despierta recelo, antes bien arrastra incluso a elementos netamente anticomunistas y apegados a sus creencias. Este es el motivo por el que la actividad comunista en el mundo islámico se dedica a apoyar las reivindicaciones y los propósitos de libertad nacional que es común a todos los países del Islam. Por otra parte, la técnica de la guerra política comunista en estas regiones consiste en evitar el inevitable movimiento de defensa que actualmente suscita en el Islam una propaganda directa destinada a crear una agitación de masa. Contrariamente a la táctica empleada en la mayoría de los restantes países, los agentes comunistas actúan casi exclusivamente sobre las minorías evolucionadas, que por su formación occidentalizada son más sensibles a unas ideas que transtocan el orden tradicional. Pero esa actividad limitada y oculta ha creado una red clandestina de intelectuales, cuyas tropas de choque no están encuadradas en la organización y que sólo son susceptibles de moverse bajo el imperativo de hechos concretos y tangibles que se impongan a ellos, hechos por desgracia muchas veces creados por el Occidente. Estos son utilizados como pretextos para ensayos con vistas a una movilización general destinada al logro de objetivos específicamente comunistas. Asimismo, como en otros países, el comunismo cuenta para sus fines con organizaciones no comunistas aplicadas tenazmente a conseguir objetivos en sí ajenos al comunismo, pero que éste procura desviar en su provecho mediante la vieja táctica de la infiltración. Tal es el caso del Fidaín al Islam iraní, manejado por el jefe chiíta Ayutul-lah Kashani, que en lo religioso propugnaba por una honda renovación y en lo político



por la independencia nacional, previa expulsión de los ingleses de la Anglo Iranian Co. Sin embargo, los más activos miembros de esta asociación fundamentalmente religiosa, que derivó rápidamente hacia el terrorismo, procedían del Tudeh, partido pro-comunista del Irán, que incluía en su programa un nacionalismo agresivo y que, pese a sus vicisitudes y fortunas diversas, ha echado hondas raíces en el país, como lo prueban los sucesos del pasado agosto y la lucha que se revela ardua del general Zahedi para desarticularlo. Tanto más ardua es esta lucha cuanto que a estas alturas el poder de una idea subversiva no está solamente limitado a la actividad de un número más o menos crecido de hombres que pueden ser puestos en la imposibilidad de actuar mediante medidas policíacas, ya que la radio en particular no conoce las fronteras de las prohibiciones defensivas. Independientemente de una postura decididamente antimarxista, basada en firmes principios y claras doctrinas frente a los problemas que suscita el momento actual, existe en los países islámicos el peligro de un marxismo difuso que no se ve entorpecido por la barrera de una doctrina constructiva, positiva, informada por un sentido dinámico de la vida y que esté centrada en la fe coránica y las enseñanzas que se deducen de la misma. No existen para la totalidad del mundo musulmán respuestas prácticas a las angustiosas interrogantes del día, pese a los sinceros esfuerzos localizados para remediar en alguna forma la carencia de una autoridad responsable de los destinos de la Comunidad, desorientada en cierto modo por el impacto de dos mundos en pugna, ambos dominados por la técnica, rápidamente evolutivos los dos, pero diferenciados por el hecho de que uno tiende inexorablemente a supeditar lo humano a lo económico, en tanto que el otro se ve frenado en esta resbaladiza pendiente por una tradición que se adapta doctrinalmente a las circunstancias históricas y actúa en profundidad, pese a las apariencias, las vacilaciones y los errores. El Islam se halla, pues, en una situación en la que es muy difícil manejarse con las únicas armas de la estricta religiosidad, de los ritos y las tradiciones no renovadas o reajustadas a nuevas formas sociales, económicas y políticas cuyo hecho no puede eludir, porque la vida moderna, con su presión inevitable, no cesa de fluir en torno y aun dentro de esos pueblos donde se enseñorea una injusticia social que está en contradicción con las enseñanzas del Islam. Así, en el ca-

so concreto del Irán, donde el comunismo aparece más peligrosamente infiltrado y activo, por razones de proximidad geográfica en primer término, la asombrosa miseria de la mayoría junto a la opulencia de la minoría no ha cesado de brindar argumentos eficaces a una propaganda que ha podido arrojarse en los propósitos nacionalistas y de renovación religiosa del Fidaian al Islam. Porque en el Irán, como en cualquier punto del globo, dos y dos suman cuatro y no despierta la menor sospecha el que miembros del Tudeh, nacionalistas puros y masa flotante coincidan en el reconocimiento de tal verdad meridiana. La amenaza reside en las consecuencias prácticas que se pueden deducir de esta verdad. No hemos de sorprendernos, por tanto, que amplios sectores de buena fe hayan sido llevados insensiblemente a tomar parte en la conquista de objetivos desviados del impulso inicial admitido por todos. Ya en 1952 se decía que «para poner término al desorden económico actual el Gobierno debe elaborar un plan bien concebido que prevea todas las eventualidades y darle forma de ley para garantizar su ejecución. En este caso, la economía iraníana será rápidamente restablecida, las condiciones de vida de la masa mejoradas y la difusión de las ideas subversivas detenida en una fuerte proporción» (4). La caída de Mossadeq, su sustitución por el general Zahedi al frente del Gobierno de una monarquía restablecida y sus valientes esfuerzos para enderezar la situación no parecen haber modificado grandemente un estado de cosas ante el que daba un grito de alarma el diario anticomunista iraníano. Porque no se trataba en este caso de poner solamente a prueba la buena voluntad y el talento de un hombre, sino de luchar contra poderosos factores económicos, cuales son los petrolíferos en el Irán. Inglaterra, con una visión mezquina de la política y del momento, informada por el egoísmo de una minoría actuante, también en ese área del mundo aporta agua al molino marxista, al justificar los recelos de Oriente contra las potencias occidentales y agudizar los conflictos existentes que, como hemos dicho, ha sido uno de los objetivos señalados en el Congreso de Ba-

---

(4) *Ettelaat*, 2 de enero de 1952, Teherán. Este diario señalaba, entre otros datos, que la importación anual de 2.500 coches de lujo representaba el 1/14 parte del total de las importaciones del Irán, más 210 millones de riales para neumáticos y piezas de recambio.

turn. Sincronizar los conflictos y aunar las protestas, es también uno de los fines que persigue el comunismo en el mundo islámico, pero a este respecto no creemos aventurado decir que hasta ahora no ha logrado un resultado positivo en este sentido, en razón primordialmente de que la unidad en el mundo islámico sólo se logra en un elevado plano de auténtica fe, a donde no llegan las preocupaciones humanas en las que hace hincapié la propaganda. Por ello, pese al intento de utilizar Fidaian al Islam para extender una influencia dirigida a otras asociaciones de tipo similar, no se ha conseguido tal unión, en primer lugar por tropezarse con el hecho de que el Chiismo del Irán, al que se vincula Fidaian al Islam, aparece como una herejía para el Islam sunnita.

Sin embargo, este plan de trabajo clandestino ha permitido resultados cerca de elementos originariamente ajenos a toda preocupación ideológica, como es el caso de los refugiados árabes de Palestina. La lamentable situación de los árabes expulsados de su suelo natal y las soluciones muy parciales aportadas a este problema brindan un vivo ejemplo de creación y fomento de un terreno favorable al desarrollo del comunismo, al que ya hemos aludido. El odio hacia Israel y sus valedores occidentales han sido los temas preferidos de una propaganda dirigida a una masa depauperada y sin esperanzas, en la que ha hecho mella el «Comité de Palestinos desplazados», organizado y dirigido por elementos comunistas, oficialmente sólo preocupado del problema de los refugiados. El cuidado por no descubrir claramente el origen y finalidad real de dicho Comité se nos aparece aquí, como en otros casos, dictado por el temor a despertar suspicacias árabes en razón de la tortuosa línea de conducta seguida por la U. R. S. R. respecto al Estado de Israel. En efecto, la declaración de Gromyko en 1948 justificando la creación del Estado de Israel, el proceso de Praga, la persecución antisionista en los países del telón de acero, la ruptura de relaciones diplomáticas entre el Gobierno de Israel y el soviético y posteriormente la reanudación de las mismas, sobre un fondo permanente de mutuos recelos y ponderada corrección, son alternativas de la política internacional rusa poco admisibles por los árabes, enemigos sin condiciones del nuevo Estado. De ahí un esfuerzo casi exclusivamente aplicado a socavar cimientos con vistas al mañana y utilizar mascarones de proa para países en que aún no están maduros cuadros au-

tótonos dispuestos a una adhesión incondicional, pese a los movimientos tácticos del comunismo, sincronizados con las metas perseguidas por la U. R. S. S. La postura del Partido Comunista de Israel es aleccionadora a este respecto. A finales de 1952 hubo de procederse a una revisión de la línea política con vistas a liquidar el malestar causado por la actitud de los comunistas árabes, enemigos acérrimos del movimiento sionista y partidarios de la creación de un Estado judeo-árabe federado para sustituir al Estado de Israel, cuyas fronteras no coinciden con las decisiones de la O. N. U. de 29 de noviembre de 1947. La pretensión del sector árabe, bien parece indicar que el mecanismo comunista no funciona en el Oriente Medio con ese automatismo disciplinado que es uno de los factores de su eficacia, en razón del arraigo de ciertas ideas en la mente árabe, como, por ejemplo, el antisionismo. De hecho, el partido comunista israeliano, del que uno de sus jefes, Emilio Habibi, había dicho que era «un partido nacionalista árabe, al que sólo podían adherirse los judíos que aceptaban el programa árabe», estaba dirigido por un Comité ejecutivo de 6 árabes frente a 19 judíos. La decisión del Kominform de operar un cambio de política en favor de la lucha antisionista fué aprovechada por el sector árabe para pedir igualdad de representación con los judíos del Comité ejecutivo. El fin perseguido, en definitiva, era hacer triunfar puntos de vista más árabes que comunistas, lo cual se presenta como una desviación de tipo «titista», que es el riesgo implicado en todo intento de organización formal del marxismo a base de cuadros ideológicamente poco modelados por la fidelidad a Moscú. Pero el esfuerzo para no agudizar divergencias internas ha permitido al partido comunista de Israel actuar nuevamente de acuerdo con las directrices generales del comunismo en Oriente Medio, o sea no destacarse del grueso de unas fuerzas virtuales cuya coherencia está aún por lograr. Con este fin, hay que señalar la tendencia a buscar contactos con ambientes aún inmunizados. En este orden de ideas hay que registrar la visita que giró a Moscú el Patriarca de Antioquía, Alexandros, jefe de la Iglesia griega ortodoxa, en 1951, para reanudar las relaciones seculares de esta minoría con Rusia, que la Revolución había interrumpido. Olvidando los principios ateos del comunismo, Rusia soviética se comprometió a enviar anualmente una subvención a la pobrísima y desamparada comunidad ortodoxa rusa, a fin

de que un grupo de hombres con influencia entre sus fieles volviera sus agradecidos ojos a Moscú. El resultado de la maniobra fue el nacimiento de una orientación pro-rusa entre los miembros de la comunidad árabe greco-ortodoxa (unos 22.000) y la adhesión del anciano Patriarca al movimiento en favor de la paz. Pero si este grupo cristiano ha sido conquistado sin otro combate que un bombardeo de libras esterlinas, otra es la actitud de los griegos católicos (5), cuyo obispo, Georgius Hakim, se enfrenta dinámicamente con el movimiento comunista que tiende a infiltrarse entre los cristianos del norte de Palestina, hecho también acusado por la Iglesia católica-latina (unos 5.000 miembros), que si bien prácticamente no es alcanzada en conjunto por la propaganda, se ve obligada a hilar muy fino para sobrevivir, dado el caso sobre todo de que ambas Iglesias representan una minoría numéricamente ínfima frente a la enorme masa musulmana, que aparece más vulnerable.

Por lo demás, el Congreso de Varsovia permitió registrar resultados halagüeños en el sector intelectual, que en el fondo más deseó expresar su aversión hacia los métodos políticos de esta o aquella potencia occidental, tenida por causante de los males que aquejan a los países islámicos, que afirmar su adhesión a los principios marxistas. No obstante, el hecho es revelador de un estado de espíritu tal que por temor a un peligro —Occidente en sus diversas expresiones — puede caer en otro peor (6).

\* \* \*

---

(5) Unos 6.000 miembros, o sea el 37 por 100 de la población cristiana de palestina, según J. SIPPER, en *Hamizrah Hehadash*, abril 1951.

(6) En tiempos se señaló que entre quienes habían enviado su adhesión al Movimiento de la Paz figuraban Abdel Uahab Mahmud, jefe del Partido Liberal del Iraq; Kamel Jaderqui, jefe del Partido Nacional Democrático; Kurbe, jefe del Partido de la Independencia, así como diputados, antiguos ministros, 110 abogados, profesores y una personalidad religiosa. Del Irán, aparte del poeta Bahar, jefe del Comité iraní pro paz, se adhirieron médicos, juristas, abogados, el Presidente del Supremo, el Presidente del Parlamento (Ayutul-lah Kashani) y personalidades políticas y religiosas. Entre las 162.000 que se dijo fueron recibidas de Siria, país de tres millones de habitantes, figuraba la del Presidente de la Asamblea Nacional, ministros, antiguos ministros, 20 diputados, y 10 jefes religiosos mu-

Recordando las condiciones actuales de las masas islámicas, comparable, como ya hemos dicho, a las masas europeas de la época correspondiente a la revolución industrial, una agitación de base puede ser difícilmente organizada, por no existir aún la posibilidad de constituir cuadros responsables y activos con elementos de la misma. El proletariado europeo del siglo pasado, remecido por el socialismo un poco romántico y nacionalista del 48, sólo después de esta etapa previa llegó a las ideas de un marxismo que no fueron creadas ni propagadas inicialmente por proletarios, sino por intelectuales. Por otra parte, el rigor doctrinario y la sequedad del marxismo requieren un clima que no se puede improvisar para florecer y que resulta de diversos factores, uno de los cuales es el tiempo. En espera de que pase el tiempo y se cree la llamada «conciencia de clases», de la que es complemento la lucha de clases, y de que se llegue a la etapa en que merced a «la industrialización progresiva... el régimen capitalista haya ensanchado considerablemente su dominio, invadiendo y penetrando las condiciones económicas y sociales, introduciendo al mismo tiempo que sus ventajas sus inconvenientes y sus defectos» (7), el comunismo prepara sus equipos para cosechar los inevitables frutos de un sistema cuyas fases de evolución son perfectamente conocidas. Esta experiencia y el conocimiento del estado de espíritu de los países islámicos, hecho de nacionalismo y recelo hacia el Occidente, han permitido poner en su punto una técnica de atracción que aún se halla en la etapa preparatoria. De ahí la preocupación de dirigirse primordialmente a los intelectuales y a la juventud culta, que tiene mayor sensibilidad para sentir los males que aquejan a esos pueblos y más activos deseos manifiestan de modificar el orden existente y realizar un ideal de liberación de toda subordinación al país extranjero que más ha gravitado sobre los destinos del mundo islámico.

---

sulmanes. En Egipto, después del Congreso, se constituyó un Comité Permanente compuesto por el antiguo ministro Hefni Mahmud Bachá que era, además, uno de los jefes del Partido Liberal Constitucional; Kamel Bachá, antiguo ministro plenipotenciario; Mme. Ceza Nabarawi, vicepresidenta de la Unión Feminista de Egipto; el Dr. Falmi, diputado del Wafd; M. A. Amir, presidente del Sindicato de Obreros textiles, y el Chej Gabr el Tamini, de la Universidad de Al-Azhar. Aprobadas las resoluciones del Congreso de Varsovia, el Comité se adhirió al Movimiento Mundial de la Paz.

(7) Encíclica *Quadragesimo Anno*, párrafo 111.

De acuerdo con esta línea prudente, el comunismo ha realizado progresos indiscutibles en Egipto, donde el antibritanismo ha nutrido la simpatía hacia la U. R. R. S., que se presenta como vanguardia en la lucha contra el llamado imperialismo. Con anterioridad a la instauración del régimen Naguib, se señalaba en la Universidad un movimiento organizado de simpatía hacia dicha potencia por parte de profesores y estudiantes, y el propio Azzam Bacha, en una conferencia en la Universidad americana de El Cairo, afirmó que el argumento británico de que su presencia en el Canal de Suez tendía a defender a Egipto, era ridículo, ya que Egipto nada había de temer del Gobierno soviético. Ello no pretende siquiera sea insinuar que la Universidad o el expresado secretario de la Liga Árabe fueran adeptos al comunismo, aunque sí indicar que al tener la U. R. S. S. por un punto de apoyo eficaz en su lucha contra Inglaterra, se situaban en una postura de no desconfianza o receptividad ante la ideología que informa y da sentido a toda la política soviética. El movimiento acaudillado por el general Naguib no ha alterado esencialmente la visión de una cuestión que el mundo árabe, salvo raras excepciones, se inclina a ver solamente en los aspectos que halagan su voluntad de libertad, descuidando todos aquellos que llevan a la ruina de sus más entrañables ideales. Así lo señalaba Pedro Gómez Aparicio después de su reciente viaje a Egipto, llegando a conclusiones veladamente pesimistas respecto a la confianza que muestra tener, no sólo ese país, sino todo el mundo islámico «en los resortes espirituales de la conciencia árabe y musulmana» (8). El propio general Naguib, en una entrevista que con él tuvo el director de la Agencia Efe, tampoco concedió al comunismo, al menos oficialmente, categoría de auténtica amenaza, o sea que no pasó de tenerlo por una amenaza virtual frente a la hipoteca real que representa Inglaterra para la independencia egipcia. Esta postura aparece tanto más lógica cuanto que el comunismo en los países islámicos únicamente ha mostrado de sus diversos semblantes —todos verdaderos— aquellos que han podido tranquilizar la más escrupulosa conciencia musulmana: la simpatía hacia el nacionalismo y la lucha que la U. R. S. S. sostiene contra el imperialismo ajeno, coincidente con el concepto que del imperialismo tiene

(8) «Mientras tanto el comunismo actúa...», A B C, 12 de septiembre de 1953.

el mundo islámico. Los aspectos que hubieran suscitado una reacción eficaz defensiva en el Islam han sido soslayados, en particular el religioso. Por ello, los países islámicos al conceder a la U. R. S. S. un prejuicio favorable hacen beneficiar su *alter ego*, el comunismo, de un prejuicio que no es netamente desfavorable, tanto más cuanto que se habla poco de los 25 millones de musulmanes que viven en territorio soviético. Sin embargo, allí se prosigue una sorda y tenaz lucha entre los creyentes de tipo tradicional y las juventudes formadas en las escuelas y las organizaciones comunistas con vistas a renovar las Repúblicas soviéticas musulmanas y estructurarlas en todos los aspectos de acuerdo con las reglas estrictas de la ética marxista. Excusado es decir que pese a los puntos de similitud o coincidencia del Islam y el comunismo, en los que hacen hincapié los esfuerzos de infiltración soviéticos, pretender una estructuración sistemática del mundo según los principios marxistas, es poner de manifiesto la divergencia fundamental que existe entre el Islam y esa otra concepción del sentido del mundo y del destino humano. De ahí la lucha silenciosa entablada en las Repúblicas soviéticas musulmanas donde las victorias no se consiguen precisamente con los métodos fuertes, sino mediante el acceso a los puestos de mando o responsabilidad de las jóvenes generaciones musulmanas, al menos de origen. Para el mundo musulmán de este lado del telón de acero, se organizan en cambio peregrinaciones a La Meca, anunciadas con carácter destacado por *Izvestia*. La intención política se enlaza con la reanudación de las relaciones con la Iglesia griega ortodoxa, de suerte que en la actualidad el esfuerzo se limita a insistir en que el marxismo y el Islam reprueben igualmente el capitalismo —pues es este el sentido general de la doctrina musulmana, que, sin embargo, admite la propiedad privada—, y en adaptar ciertos aspectos del Corán a objetivos comunistas, relegando en la sombra el arsenal ateo, como lo testimonian ante millares de musulmanes los grupos de peregrinos soviéticos que van a La Meca, lo cual justifica las negociaciones iniciadas con vistas a establecer una línea aérea destinada a unir las Repúblicas soviéticas musulmanas con Arabia saudita, mediante el establecimiento de una base permanente de abastecimiento en Ryad, como señalaba el periódico suizo «St. Galler Tagblatt» en fecha reciente.



Se objetará que estos y otros datos de no mayor importancia en sí son muy pequeños síntomas para sacar conclusiones definitivas. Así lo admitimos, tanto más cuanto que resulta absurdo reprochar a los musulmanes un fatalismo que es aceptación de las inevitables consecuencias del vivir, cual el dolor, la vejez, la enfermedad y la muerte, y conferir a la Economía, al Progreso y al desarrollo histórico un poder absolutamente determinante que ni la inteligencia ni la voluntad humana pueden modificar. Por ello, nos guardaremos de deducir que los esfuerzos del comunismo para infiltrarse en el Islam y absorberlo ideológicamente serán coronados de éxito en un plazo imprevisible, pero inevitable. La esperanza —que no es la bobalicona espera de un milagro conseguido gratuitamente— permite siempre creer en una modificación del curso de acontecimientos que, dejados a su libre desarrollo, pueden desembocar en resultados funestos. En un encadenamiento humano de causas y efectos, cabe siempre una alteración cuando intervienen adecuadamente factores espirituales, como la voluntad, la buena voluntad y la inteligencia, cualquiera que sea el planteamiento básico de la cuestión.

Desde luego, clasificaremos en el grupo de las creencias suicidas la tendencia a tribuir al Islam *de por sí*, considerado como un hecho pasivo, una capacidad de resistencia indefinida al comunismo, aunque sabemos que tal opinan los musulmanes más sinceros en su fe y tal suele admitir el mundo occidental. Este se muestra solamente desconcertado al observar en los países islámicos un recelo a alinearse decididamente en su campo, sin hacer un examen de conciencia para buscar los motivos que desde un punto de vista musulmán justifican semejante actitud. Así, las potencias occidentales que se ofuscan de las pruebas de aliento que reciben ciertos países islámicos de parte de la U. R. S. S. y de la simpatía que le devuelven, deberían retroceder un poco en el tiempo y recordar la fecha, no muy lejana, en que la Gran Aliada era solicitada, celebrada, mimada y ayudada sin tasa por las democracias con el fin de incluir ese elemento en su lucha contra una Alemania nazi cargada de crímenes que el antiimperialismo reprocha hoy al llamado imperialismo occidental. Es decir, que las potencias democráticas, en sus contactos con los países islámicos, deberían admitir que hay momentos históricos que llevan a los pueblos a situaciones pasionales en que lo permanente de los principios desaparece

ante los ojos de la razón, absorba por la consideración de la conveniencia presente. Hay países musulmanes que se encuentran de lleno en esta situación pasional. Pretender que modifiquen su visión de las cosas sin darles previas garantías de absoluta lealtad, sincera comprensión de sus ideales y firme propósito de ayudarles en su logro, es meramente fortalecerlos en una ilusión de equidistancia entre dos bloques en pugna (9). Porque tal equidistancia parece a la larga muy poco posible, y no nos referimos solamente a razones geográficas, estratégicas o petrolíferas. Sería rendir culto a la Fatalidad pensar automáticamente el futuro en términos bélicos. Aludimos al hecho de que como consecuencia del progreso material, la Humanidad tiende cada día más a constituirse en grandes unidades que acaso un día serán esa unidad ideal prefigurada por el cuerpo humano, donde no existe un solo órgano con independencia del resto del organismo y que, por tanto, hay que empeñarse en atender en lo parcial para salvar el conjunto. Pero salvar implica dar, es decir, sacrificar. Tan sólo en esta forma ha podido ser llamado Cristo, Salvador. En lo que afecta a las potencias occidentales, la cuestión se centra, pues, en sacrificar intereses que a la postre serían perdidos, vanidades que los hechos humillarían, incomprendiones nacidas del egoísmo de grupos y en no tratar de imponer a pueblos orgullosos de sus tradiciones y de unas creencias aún asentadas en sus mentes y en sus corazones, normas tal vez válidas en otras condiciones y circunstancias que las suyas, pero funestas para ellos, como lo fueron en cierto modo para la vieja Europa cristiana. O sea que lo primordial y aun factible es no reproducir en los países islámicos los errores de una visión materialista del mundo pensado como un negocio rentable o no rentable. Porque entre dos materialismos en lucha, el Islam, turbado por las

---

(9) Cuando los nacionalistas iraquíes exigieron en el Parlamento al Primer Ministro, Nuri Pachá al Said, que adoptase una actitud de neutralidad hacia los dos grandes bloques constituidos en caso de nueva guerra mundial, el Primer Ministro declaró: «Si fuera prácticamente posible mantener la neutralidad, sería el primero en hacerlo... Pero ni nosotros ni los demás países árabes podemos, con la simple lectura de los versículos del Corán, hacer retroceder a un ejército de invasores pertrechados con armas destructivas.»

diversas corrientes de pensamiento que bregan por fluir en él, tendería a inclinarse hacia aquellos que brindan una apariencia de realización a la forma más consciente de sus difusas aspiraciones actuales: la libertad nacional que, por cierto, ya representa una honda y seria forma de evolución del concepto de la Umna o Comunidad de los creyentes que durante siglos ha sido la patria sin fronteras del Islam.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

